

“Una antropología del hombre capaz”

Paul Ricœur leído por Eduardo Casarotti

por Germán Lechini S. I.

Facultades de Filosofía y Teología de San Miguel

Hemos recibido con gusto la publicación de la tesis doctoral de Eduardo Casarotti S. I.,¹ defendida en nuestra Facultad de Filosofía. Así como nos complacimos en su momento con la exposición del P. Casarotti, trataremos ahora, con igual sentimiento, de abundar con más detalle en su investigación, análisis y síntesis principales. Muchas ideas fluyen en este libro, las cuales muestran a las claras la calidad filosófica, el compromiso intelectual y la vocación antropológica del nuevo Doctor.

Antes de adentrarnos en los derroteros de este trabajo, donde procuraremos llevar debida cuenta de los análisis particulares y las tesis fundamentales que en él se esgrimen y defienden, permítasenos resaltar algunos rasgos generales que atraviesan la presente publicación.

1. En primer lugar nos parece fundamental destacar la manera en que Casarotti se mueve con naturalidad a lo largo y ancho de toda la *obra ricœuriana*. Familiarizado con el pensamiento y las distintas ideas del gran filósofo francés, es muy rico y siempre fecundo el diálogo que con él entabla nuestro autor y la manera en que aventura *desde y a partir de* Ricœur muchos de sus principales planteos. A este rico acervo ricœuriano del que da cuenta Casarotti hay que sumar el manejo impecable y pulido del francés, lo que le permite trabajar los distintos matices lingüísticos que destacan al propio Ricœur.

2. En segundo lugar, y siguiendo en el orden de las presentaciones, destacamos los nutridos diálogos que aquí se dan cita con dos grandes íconos de la historia filosófica universal: Aristóteles y Kant. En el primer caso, se abunda en la primitiva vinculación poder-hacer (relación causal) de que habla el estagirita en su *Ética a Nicómaco*. En el segundo caso, se recurre a los aires de Königsberg para indagar en las *críticas* (de

¹ E. CASAROTTI, *Paul Ricœur: una antropología del hombre capaz*, EDUCC, Córdoba, 2008, 460 págs.

la razón pura y de la razón práctica) a propósito de la aporética kantiana y la relación noema-noesis, que Ricœur traduce como relación mismidad-ipseidad.

Quien se adentre en las distintas páginas que conforman este libro, podrá constatar, además, que son muchos y variados los invitados que se suman al banquete; de entre ellos merecen ser destacados, por el lugar que aquí ocupan: J. Nabert, D. Davidson, P. Strawson; H. L. A. Hart, E. Anscombe, H. G. von Wright, H. Jonas, E. Levinas, M. Heidegger, entre otros.

3. Es de notar el esfuerzo pragmático que atraviesa toda la obra del nuevo Doctor uruguayo. Siempre con la mirada puesta en el horizonte del actuar, siempre en función de la dimensión práctica de la filosofía en la vida ética y política del ser humano, Casarotti persigue con tesón los diversos hilos que se entrecruzan en la madeja del ser y actuar del hombre. Su antropología, bien podemos decirlo, es una antropología *situada*, que busca poner siempre delante del hombre sus responsabilidades y las posibilidades con que cuenta para asumirlas. Más allá de determinaciones tales como “*homme capable*”, “*homme faillible*”, se esconde “el” *hombre* todo, que con sus sueños (infinitos) y capacidades (finitas) se debate entre el ser y hacer, entre el pasar y actuar, entre lo físico y lo intencional, nunca como un ser acabado y total, sino siempre como una escultura a medio tallar, como un mármol rico en posibilidades, frágil y recio a la vez, inclasificable, *siempre más allá...* En un tiempo que se debate entre más de una ética posible, en un tiempo que experimenta con nuevas y variadas formas políticas, nos parece impostergable una obra como ésta para cimentar filosóficamente nuestra propia casa, ante el tormentoso horizonte del mundo *post-moderno*. *Quién* es el hombre, *qué* es capaz de realizar, son las principales preguntas que en estos tiempos signados por “*inmensos cambios cualitativos*” debemos considerar todos y cada uno de los hombres. En ese sentido, aquí encontraremos muy buenas preguntas, interesantes respuestas y posibles caminos a seguir.

Así las cosas, ya podemos presentar el núcleo principal de la investigación de Casarotti, a saber: el “*poder de actuar*” (*puissance d’agir*) propiamente humano. Nuestro autor se propone, entonces, internarse en la íntima y, a la vez, difícilmente discernible relación que existe entre el *actuar* propio del *agente* y la *acción* que se deriva de ello. Es aquí donde nuestro autor muestra mayor influencia de Paul Ricœur, al pensar la “*voluntad*” humana a partir de tres conceptos desarrollados en la filosofía antropológica del francés: la *existencia corporal* (cap. 4), la *existencia temporal* (cap. 5) y la *mediación narrativa* (cap. 6).

4. Como bien lo señala nuestro autor en la introducción, “*Pensar la iniciativa*” (cfr. pp. 25-53), estamos llamados los hombres del siglo XXI a tomar debida cuenta de tres relaciones capitales: la relación *actuar humano – mundo habitable...* la relación *actuar humano – condición humana...* la relación *actuar humano – organización social / política / económica*. Nuestro “actuar”, propiamente *humano*, tiene el *poder* (tal vez como nunca antes lo había tenido) de determinar la forma en que existamos los seres humanos y, aún más, la posibilidad de que existamos o no, en un futuro cada vez más próximo. Esta “responsabilidad” que hoy nos habita como Humanidad pide una reflexión profunda, sostenida, creativa; hacia allí se dirigen estas páginas.

Prohijado por Ricœur en una “antropología filosófica centrada sobre el actuar”, pre-ocupa a nuestro autor el concepto clave de *responsabilidad*; cuanto más en un mundo donde la tecnología ha amplificado nuestros poderes en el espacio y el tiempo. En este sentido, el discurrir de la obra del filósofo uruguayo se presenta no sólo como muy interesante en el presente, sino con proyecciones muy importantes para cualquier pensar del futuro.

Con acierto empezaron a preguntarse muchos “¿a quién pertenece lo ocurrido?”, en un tiempo y en una cultura que tiende a distanciar nuestros actos de sus consecuencias; pues bien, en esta discusión universal, fundamental y primera para el pensar y actuar político-ético de los tiempos venideros, se zambulle Casarotti y acomete con fuerza en pro de la *responsabilidad* siempre personal e indelegable del actuar propio, del *ser sí mismo*.

“*Deseo de ser... esfuerzo por existir*” (Ricœur dixit)... *Yo Soy*, es la síntesis última y primera, inherente, propia, irreductible, inalienable de cada ser humano. Ahora bien, este “ser” del *yo soy* ha de efectivizarse en el actuar propio de cada hombre. Sin la potencialidad para actuar y el poder efectivo que actúa produciendo cambios en el mundo, el hombre deja de ser lo que es. De ahí la importancia que reviste esta investigación en que Casarotti, bajo la tutoría de Ricœur, nos conduce por el camino del *ser* y del *poder ser* del hombre en cuanto “*hombre capaz*”. Es importante notar aquí, que Casarotti va un poco más allá de la “*alternativa terminológica*” de Ricœur, pues donde el filósofo francés utiliza por momentos como sinónimos la *puissance d’agir* y el *pouvoir-faire*, nuestro autor ahora ve y distingue ambas posibilidades y, aún cuando no critique con énfasis esta especie de equivocidad ricœuriana, deja claro que no adscribe a ella, y que en todo momento se juega por la *puissance d’agir* como la forma conceptual que más justicia hace a las características del actuar propiamente humano.

5. Para acabar esta presentación de la obra en su conjunto, permítasenos también agradecer a nuestro autor la forma en que desarrolla su pensamiento, puesto que, fiel a su vocación docente, muestra particular atención por nosotros los lectores y procura en todo momento hacernos asequible, cercano y humano un discurrir teórico que bien podría rebasar la altura de muchos de nosotros. Su empeño pedagógico y didáctico permiten que nos acerquemos comprensiblemente al diálogo erudito que él entabla con Ricœur y tantos otros filósofos.

1. Análisis de la obra

1.1. Delimitación

Capítulo primero

Casarotti busca probar la proximidad que existe entre el concepto aristotélico de *prohairesis* y la noción kantiana de *respeto*. En este sentido aparece como fundamental en la temática del “hombre capaz” el concepto de *imputabilidad*. Como bien lo señala Ricœur, ya en la *Ética a Nicómaco* (Libros III y VI) Aristóteles entiende al hombre como ser *capaz* de responsabilidad, esto es, como ser *capaz* de asumir como suyos ciertos hechos y responder por sus actos, v. g.: hechos éticos, asuntos políticos. Siguiendo la interpretación que Ricœur (cfr. *Le discours de l'action*) realiza a propósito de la *prohairesis* (entendida como “elección preferencial”), Casarotti explica que allí mismo, en la *prohairesis*, “se encuentra el fundamento filosófico de toda asignación de responsabilidades” (p. 69).

Es importante que notemos también aquí, de la mano de nuestro autor, la mutua imbricación que existe entre la noción de “causalidad” (principio más cercano a lo “físico”; y vinculado al término *arkhé* = principio u origen causal) y la noción de “intencionalidad” (principio más familiar al mundo “ético” que, a su vez, está vinculado al término *autó*, que indica la referencia al “sí mismo” del agente que opera la acción). De esta manera ya podemos apuntar una importante conclusión: las acciones pertenecen al agente no sólo porque éste es quien las *ejecuta*, quien las pone en acto, sino también porque son fruto de su *decisión deliberada*; el agente, entonces, además de *operar una acción* es aquel que puede *dar razones* de ella. En palabras de Casarotti, “es la *prohairesis*... quien determina la posibilidad de que el hombre sea, en el mismo acto, principio (físico) de la acción y causa (responsable) de la misma” (p. 74).

Desde este cimiento conceptual aristotélico (la *prohairesis*), Casarotti se lanza hacia la reflexión en torno a la *puissance d'agir*, integrando al citado concepto las categorías de *cuerpo propio*, *temporalidad* y *narratividad*, procedentes de Paul Ricœur. En cuanto a lo primero, bien sabemos y entendemos que sin “cuerpo propio” no habría posibili-

dad alguna de “causalidad física”, el agente no podría realizar entonces ninguna acción. Respecto de la temporalidad, como bien apunta Ricœur, cualquier decisión y/o elección únicamente puede hacerse sobre “lo futuro y contingente”; de esta manera, la *prohairesis* viene a ser la línea divisoria entre pasado y futuro, porque al operar cierra el pasado y abre lo futuro. Finalmente, Ricœur apunta la importancia del lenguaje en torno a la acción y el agente; ya que, tanto aquella como éste se “explican” a partir de que se pueden “decir”, esto es, que se pueden “traducir” en razones para ser compartidas y puestas en público.

Siguiendo ahora a Kant, en la llamada *Tercera antinomia* de la razón pura, Casarotti nos pone frente a una importante distinción que Ricœur encuentra en el corazón mismo de la *prohairesis*, a saber: la *mismidad* y la *ipseidad*. La “mismidad” vendría a mostrar el revés sustancial de una acción, responde al *¿qué?* de esa acción; mientras que la “ipseidad” implicaría el revés personal de la acción, señalando, por tanto, al agente de la acción, que responde más bien a la pregunta por el *¿quién?* de esa acción. El “hombre capaz”, en síntesis, es quien gravita en medio de esta tensión “acción-agente”. Por el *qué*, conocemos al *quién* o, dicho de otro modo, el *agente* se muestra, se expresa y manifiesta en el “qué” de su *acción*. Como bien nos adelanta el mismo Casarotti a esta altura: “esta comprensión del ‘sí implicado en la acción’ será central para comprender la *puissance d'agir* propiamente humana” (p. 105). Ahora bien, hemos de reconocer a su vez, que a través del *quién* se entiende e interpreta el *qué*. Por lo cual uno y otro –mismidad e ipseidad; causalidad e intencionalidad; acción y agente– se hallan, como bien señalamos antes, mutuamente imbricados.

A la luz de estos progresos, podemos ahora –retrospectivamente– entender el camino que recorrió Casarotti hasta aquí, según el cual pasó por tres momentos, a saber: 1) el momento crítico (donde se contempló la aporía kantiana); 2) el momento fenomenológico (en que se distingue entre dos modos de ser: la ipseidad del agente y la mismidad de la acción); 3) finalmente, el momento dialéctico (en que nos abrimos a la *puissance d'agir* como posibilidad conciliatoria y superadora de la anterior aporía).

Casarotti procurará en la segunda parte de su publicación “reconocer” las aporías (cap. 2), mostrando además cómo el problema de la “adscripción” (es decir, de la atribución de una acción a un agente) es en sí mismo aporético (cap. 3).

Ante el problema que se plantea (el de la aporía de la causalidad del agente), Casarotti va a responder con la Tercera parte de su trabajo, a saber: la “Poética de la voluntad”; donde explorará la vinculación acción-agente desde la noción de *puissance d'agir* ricœuriana, atendiendo

sucesivamente a la existencia corporal (cap. 4), la existencia temporal (cap. 5) y la mediación lingüística (cap. 6).

1.2. Aporía de la adscripción

Capítulo segundo

El término *adscripción*, creado por Strawson y recogido luego por Ricœur, es ahora trabajado en profundidad por Casarotti. Tal y como lo presenta Ricœur, la adscripción –en Strawson– “consiste en atribuir una acción a alguien”. Se trata de ver en su complejidad cómo puede ser que una acción sea imputable a un sujeto específico. Ricœur, propiamente, aplica este concepto en primer lugar al “fenómeno del lenguaje” (cfr. p. 125).

Junto a Ricœur, Casarotti visualiza el problema con que se encuentra la “filosofía analítica”, a saber: que si bien nos permite *objetivar* analíticamente la acción humana, acaba perdiendo de vista al agente. Es decir, por el análisis de la acción misma, se fagocita al agente que la inició, que la creó, que es su “causa”. La teoría analítica acaba desconociendo al agente de la acción, puesto que únicamente se queda con la acción misma, con la acción objetiva y en sí. De esta forma, siguiendo el camino por el que se abre la filosofía analítica acabamos perdiendo de vista al agente, nos alejamos de él. Si seguimos al mismo Ricœur entenderemos más lo hondo del problema que se está planteando: así como un texto se desprende de su autor una vez que ha sido publicado y toma de esta manera vida propia, así mismo las acciones se desarrollan con independencia de su agente, creando a su vez sus propias consecuencias y actos. Así se entiende más y mejor la complejidad que reviste el atribuir tal o cual acción concreta y objetiva, con todas sus consecuencias, a un agente específico.

Dos tipos de “aproximaciones” vienen a animar más la discusión que se está presentando, a saber: la *aproximación semántica* y la *aproximación pragmática*. Siguiendo a Davidson, descubrimos que la aproximación *semántica* (también llamada *predicativa*) se convierte, finalmente, en la “acción *sin agente*”. Aquí las acciones acaban siendo reducidas a meros acontecimientos (que no miran a razones, intenciones, motivos, causas racionales, etc.), que existen con independencia de las personas (esto es lo que Ricœur llama *semántica de la acción sin agente*, que está sostenida por una *ontología del acontecimiento impersonal*). Ahora bien, Ricœur responde a los planteos de Davidson, arguyendo que toda acción (tanto en lo que tiene de acontecimiento físico, como en lo que tiene de motivo, intención y razón) encuentra su principio lógico y práctico en el agente que la inicia y la lleva adelante. No existen acciones que sean *entidades primitivas independientes* de los agentes que les dieron vida.

Por consiguiente, concluye Casarotti que “el agente es, a la vez, sujeto de una cierta configuración de *movimientos físicos* y de una *realización susceptible de ser interpretada en función de razones*” (p. 145).

En cuanto a la aproximación *pragmática*, vemos en primer lugar que, de la mano de Hart –filósofo y jurista inglés emparentado con la filosofía analítica–, se acaba asimilando (¿reduciendo?) la adscripción a una de sus formas posibles: la imputativa. Con arreglo a esta visión, lo que importa no es tanto la *descripción* de lo que sucedió, de la acción en sí; sino que lo verdaderamente fundamental es la *adscripción* de la responsabilidad de esa acción a algún agente. El problema de esta posición es que lleva al extremo la concepción de que toda acción humana es intencional y teleológica (tesis que defiende la Oxford Philosophy), por lo cual toda acción podría ser adscripta a un sujeto según motivos y razones claras y distintas. Pero sabemos que esto es imposible, para empezar, porque un rasgo central de la acción humana es su *plurivocidad*, por lo que no puede ser nunca reducida a una explicación racional. Aquí se halla una de las más importantes dificultades de la adscripción *imputativa*: que es determinante; y se pierde, por ello, la complejidad que reviste el adjudicar ciertas acciones a un agente (ya sea en su forma de causalidad física, ya sea –mucho más importante– en cuanto a sus razones, motivos e intenciones últimas).

En síntesis, tanto la visión de Davidson como la de Hart, no acaban de ser falsas o erróneas en sí, sino que su insuficiencia hay que adjudicarla a su unilateralidad. Es más, puestas en diálogo, ambas aparecen ya mucho más enriquecidas. Siguiendo su propia investigación, Casarotti nos muestra, entonces, ambas posiciones con sus aportes y sus aporías, y la posibilidad de dialogar con ellas enriqueciéndolas mutuamente y acercándoles nuevas maneras de considerar el problema, como por ejemplo, introduciendo el gran tema de la *intencionalidad*, el *proyecto* y el *poder hacer*. Tres categorías que, a la vez que complejizan el todo, coadyuvan en una más sana e integradora comprensión de todas sus dimensiones.

Capítulo tercero

Ya en el capítulo III de la publicación que venimos trabajando, se trata específicamente de “comprender el por qué de la incapacidad tanto de la adscripción predicativa como de la adscripción imputativa para resolver, por sí solas, el problema de la *adscripción* de una acción a un agente” (p. 175). Casarotti mismo, a la vez que denuncia el problema nos da la respuesta: “ninguna de estas dos cuestiones lingüísticas son capaces de cubrir por sí solas, el concepto de *apropiación* que permite afirmar que un agente *posee* efectivamente la acción, que esta es *suya*, que se la *apropia*” (p.175).

En este momento Casarotti vuelve a ponernos en diálogo con la filosofía kantiana, especialmente con la “idea trascendental de libertad”; y es que, como bien afirma nuestro autor: “tanto la filosofía de la acción de Kant como la de Ricœur giran en torno al problema del ejercicio de la libertad, es decir en torno a la pregunta por la capacidad de actuar del hombre, en cuanto sujeto libre y autónomo, en su efectiva causalidad en el mundo y en la historia” (p. 181, nota 198).

Mientras que la filosofía analítica busca la resolución de las aporías pura y exclusivamente en el plano del lenguaje y en disquisiciones lingüísticas, Casarotti nos invita a transitar derroteros más pragmáticos siguiendo caminos de descripción fenomenológicos que nos pongan de cara al campo mismo de la acción humana allí donde ésta se muestra (en la mediación corporal –física–; y en la dimensión intencional –moral–). De esta manera, aventura nuestro autor, es posible superar la antes dicha *aporía de la adscripción* (de una acción a un agente), superando las miradas reduccionistas de la descripción de causalidad humana y la adscripción de la responsabilidad puramente moral. Así, yendo más allá de las adscripciones ya vistas (la predicativa y la imputativa), por la reflexión fenomenológica llegaremos a la vinculación superadora de mismidad e ipseidad, que conjuga y asume tanto la intervención corporal (física, práctica) como la intencionalidad específica (moral) del agente que propicia la acción. Por la mutua imbricación de mismidad e ipseidad, Casarotti vislumbra una “resolución práctica” de la tercera antinomia kantiana.

1.3. Poética de la voluntad

Cuando el mismo Ricœur define al hombre como agente “capaz de una acción propiamente humana” (en su obra *Sí mismo como otro*), lo hace diciendo que es: “un sí que es un principio, un principio que es un sí”. Desde aquí se propone Casarotti resolver las diversas aporías, asumiendo al hombre como una “síntesis viva” donde se articulan intencionalidades (más subjetivas) y causalidades (más objetivas). El hombre, debido a su libertad y voluntad particulares, está siempre más allá del mero actuar físico-causal; por ello es fundamental asumir estas capacidades humanas de producción-productividad (poética) voluntarias que distinguen cualquier acción natural de una acción propiamente humana operada por un agente “capaz” en su triple dimensión: corporal, temporal y narrativa.

Capítulo cuarto

Mientras que la filosofía analítica únicamente alcanza a esbozar el problema de la acción, planteándolo de manera dicotómica, Casarotti se anima en este momento a resolver dicha confrontación desde una perspectiva fenomenológica.

El problema se visualiza rápidamente cuando vemos las encontradas tesis de Ascombe y Davidson. La primera se inclina totalmente a favor de la “intencionalidad”, más propia del agente, perdiéndose así la dimensión efectiva de su acción en el mundo. Por el contrario, Davidson, con su mirada más fija en la acción, pierde de vista al agente que la propicia. Desde una perspectiva más conciliadora, ya von Wright, en la llamada *intervención intencional*, asume la posibilidad de que tanto la *eficiencia* como la *intencionalidad* convivan en la *agency* del agente, como dos caras de una misma moneda, sólo que lo hace asumiendo que están en “planos diferentes, compatibles entre sí, pero irreductibles uno al otro” (p. 217). El problema reside, entonces, en que no se logra superar el discurso dialéctico (más hegeliano) y/o el carácter disyuntivo (más kantiano) en que se presentan ambos órdenes de la *agency*.

Pasando al plano fenomenológico comprobamos que esta relación: “acción efectiva” / “intencionalidad”, puede “resolverse” en el momento mismo de la praxis; ya que es en el actuar donde se “fusionan” –de hecho– los órdenes intencional y causal. En este momento de la investigación sigue Casarotti, de manera particular, la fenomenología desarrollada por Ricœur en su obra *Lo voluntario y lo involuntario*. Aquí veremos cómo se conjugan en el actuar humano: la *eficacia del obrar* y la *intencionalidad del decidir*.

Así como en todo acto voluntario (libre, deliberado) se encuentra el hombre con distintas figuras involuntarias (que están ya allí de antemano como dadas, delante de él, que él no eligió); vemos que en cada decisión/elección (subjetiva) que es operada por el agente, éste se encuentra con gran cantidad de situaciones/hechos (objetivos) que están ya prontos delante de él, que conforman también parte de su acción, y de la eficacia de ésta. Por ello todo acto *voluntario* de intervención, se realiza en relación con distintos acontecimientos *involuntarios* que deben ser acogidos, aceptados en condición de tales.

Cuando el hombre “decide”, se dan dos cosas fundamentales: A) elige inclinarse hacia un proyecto en particular, se determina por él. Esto siempre lo hace con arreglo a los límites o capacidades con que se encuentra (ya sea dentro de sí –en su capacidad de agente–, ya sea fuera de sí –en las posibilidades propias del mundo natural–); puesto que, cada vez que *decido*: “activamente” me determino por algo, y “pasivamente” respondo a alguna de las opciones que el mundo me presenta. B) se auto-implica, se muestra tal cual es, deviene él mismo, ya que “decidiendo algo, soy yo mismo quien *me decido*” (p. 243).

Ahora bien, por el “obrar” eficaz y concreto el hombre muestra que es capaz de intervenir activamente en el mundo, transformando su aspecto, interviniendo en su ser. Esta intervención, este obrar, esta actividad concreta, particular, objetiva, debe su eficacia al ser corporal del

ser humano. Todo lo que venimos diciendo, tanto sea en el orden de la eficacia como en el de la intencionalidad, no sería posible sin la corporalidad que permite y limita, que posibilita a la vez que constriñe todas las decisiones y obras del ser humano. El hombre, que cuenta con un cuerpo para poder proyectar es, entonces: un “*querer-que-se-apoya-sobre-un-cuerpo*” (p. 251).

Conclusión: el cuerpo propio, la propia corporalidad del ser humano, es el lugar donde se da la articulación dinámica, práctica y vivida, entre el orden intencional (decidir subjetivo –ipseidad–) y el orden de causalidad (obrar objetivo –mismidad–). Como bien lo señala nuestro autor siguiendo a Ricœur, posteriormente al planteo fenomenológico vemos que: “el cuerpo propio se revela como el mediador por excelencia entre la *ipseidad* y la *mismidad*, ‘entre la intimidad del yo y la exterioridad del mundo’ ” (p. 272).

Capítulo Quinto

Casarotti sigue ahora a Ricœur en otra de sus obras capitales: *Finitud y culpabilidad*, más específicamente en la primera parte, titulada “El hombre lábil”. Aquí aparece el hombre como un ser mixto, que “es en sí mismo síntesis y mediación; [puesto que] para él *existir* equivale a *mediar*, es decir a *operar mediaciones*” (p. 283).

Esta síntesis que es él mismo, más que teórica es práctica. El hombre acaba siendo lo que es en la vida práctica, siendo, existiendo, viviendo. Entre la vocación a la felicidad (llamado in-finito) del hombre y su carácter particular (entendido como límite finito), el hombre vislumbra “teóricamente” una desproporción; pero, lejos de quedarse en ella, se lanza a resolverla por medio de la praxis, en el *mundo de la vida*. Justamente, ese espacio práctico donde el hombre se encuentra como síntesis a sí mismo es la “acción”; allí, en la “acción” misma, es donde “la persona puede ser ‘vista’ en su humanidad, es decir, a la vez, como *proyecto* orientado hacia la felicidad y como *existencia* circunscripta por un carácter singular” (p. 303).

Sin embargo, es en la misma acción donde el hombre encuentra también su fragilidad, su falibilidad, su culpa; puesto que nunca acaba de concretar la felicidad proyectada, nunca llega a la síntesis total donde se resuelvan todas las discordancias: la desproporción (por ejemplo: entre deseos infinitos y posibilidades finitas) es en el hombre insuperable. Prueba de ello es el “momento afectivo” que acompaña cada uno de nuestros actos donde experimentamos que nada logra colmarnos plenamente. De esta manera, se entiende lo que dice Casarotti: “la reconciliación final entre felicidad y carácter permanece en el orden de la promesa y la esperanza” (p. 317).

En este sentido, viene a ser primordial el reconocer al hombre en su capacidad temporal. Como señala el mismo Heidegger, el *Dasein* se asume finalmente a sí mismo en todas sus dimensiones cuando asume su historicidad, su “estar siendo” en el mundo, intratemporalmente. No obstante esto que dice Heidegger, es fundamental para nuestro análisis de la *puissance d’agir* notar la diferencia que apunta Ricœur cuando distingue entre el tiempo propio del mundo (tiempo cósmico, vulgar, objetivo), y el tiempo existencial del ser humano (tiempo vivo, subjetivo). De esta manera, en el “presente” mismo, es posible distinguir entre: un *instante* (anónimo, objetivo), y un *presente vivo* (calificado, existencial, subjetivo).

Aquí entra, más que como una cuña, como un puente, el llamado “tiempo humano” (o también, “tercer-tiempo”), que viene a ser una mediación (integradora y a la vez superadora) con respecto al tiempo cósmico (puramente objetivo) y al tiempo vivido (puramente subjetivo). Esta superación se afianza en la *iniciativa* concreta, en la *acción* del agente, que es ejecutada desde un ser subjetivo en un tiempo y un mundo objetivo.

Capítulo Sexto

Ya en el último capítulo de esta tercera parte de su trabajo, se propone nuestro filósofo mostrar la importancia que la *operación narrativa* reviste a la hora de superar las aporías de la adscripción y volver productiva (poética) a la voluntad.

En las diversas operaciones narrativas es donde se ve de manera clara y distinta la articulación posible entre ipseidad y mismidad. Aquello que la filosofía analítica separa (lo vimos en el momento de la adscripción), se encuentra ahora vinculado gracias al *poder de síntesis* que tiene el lenguaje en su función productiva (poiesis). En cualquier “acto discursivo” (palabra, frase, narración), el hombre reúne prácticamente lo que hasta ese momento se hallaba separado teóricamente, dándose así una verdadera *creación*, la *producción* de un ‘algo’ nuevo. El lenguaje configura, entonces, el lugar de *concordancia* entre elementos que son a priori *discordantes*; pero que, por la mediación, articulación, unión que se opera en la producción lingüística se encuentran y conforman un sentido.

De entre los distintos actos discursivos, interesan particularmente a Ricœur y Casarotti: *la promesa*. En ella el hombre se dice a sí mismo, comprometiéndose tanto en lo presente como en lo futuro. Así, puede ser imputado en su *responsabilidad*, hecho capital, que distingue y caracteriza el actuar propiamente humano. Claro que todos los actos discursivos comprometen activamente, por lo pronto porque nos ponen en relación con otros, ahora bien, específicamente, en el acto de prome-

ter, se haya comprometida no sólo nuestra persona hoy, sino nuestra persona mañana: “la promesa asegura así la continuidad temporal de la acción” (p. 398), con lo que compromete al hombre que la realiza, vinculándolo con los otros en el mundo y en el tiempo. De esta manera aparecen más claras las condiciones características de una iniciativa propiamente humana, a saber: “eficaz y responsable, corporal e histórica” (*ibidem*).

2. Esbozo de algunas conclusiones posibles

A partir de todo el análisis del trabajo de Eduardo Casarotti, siguiendo sus propias conclusiones y ensayando una síntesis más personal, finalizamos nuestra recensión presentando el *esbozo de algunas conclusiones posibles*; habida cuenta que éstas son insuficientes frente a la obra que tenemos delante, la cual supera en mucho nuestras pobres consideraciones:

Nos parece fundamental comenzar señalando que, como bien lo prueba Casarotti, el actuar propiamente humano (por incipiente o mínimo que sea) es siempre un actuar cualitativamente superior a cualquier movimiento meramente físico.

En este sentido, vemos que la adscripción que encontramos en el vínculo acción-agente, encuentra una plausible resolución en la “*puissance d’agir*” propiamente humana donde conviven causalidad e intencionalidad. Por ello, concluye Casarotti que la “*puissance d’agir*” está enmarcada dentro de los límites de la *causalidad física* (“límite inferior”, objetivo, próximo al concepto de mismidad) y de la *interioridad del agente* (“límite superior”, subjetivo, próximo a la ipseidad).

Es dentro de estos márgenes que se encuentran y dan la mano la *poiesis* y la *praxis*. La primera, entendida como acción que se efectiviza en el mundo, quedando “exterior” al agente; y, la segunda, comprendida también como acción, aunque no ajena al agente, sino como sedimentada en él, permaneciendo en él como “responsable” de su realización.

Todas las acciones *pertenecen* al agente no sólo porque éste es quien las ejecuta, quien las pone en acto; sino –y esto es también igual o más importante–, porque son fruto de su *decisión deliberada*. Por ello el hombre –como *ser capaz de actos humanos* propiamente dichos– es mucho más que un simple operador de acciones, es quien puede *dar razones* de ellas.

En la acción, el agente se muestra y manifiesta a sí mismo. Por ello también, el agente tiene una relación no solamente causal, vital y existencial con sus acciones; sino que tiene una relación ontológica con ellas, puesto que a partir de las acciones él se muestra en su ser, él deviene quien es. Como veíamos más arriba, el estar implicado (el agente)

en la acción misma es otra de las características fundamentales de la *puissance d’agir*.

El lenguaje en general es presentado con justicia (primero por Ricœur y luego por Casarotti) como uno de los habitáculos privilegiados donde se exhibe la responsabilidad inherente a los seres humanos. Por ejemplo, la *promesa* –más en particular– es la manifestación pública (afincada en la palabra) de que el hombre es capaz de, sopesando y reflexionando posibilidades, elegir su camino, determinarse por el qué, el cómo y el hacia dónde de su actuar. Su fidelidad a la palabra dada y su perseverancia en la senda señalada aparecen como garantía y prueba que el hombre es capaz de determinarse a sí mismo (responsabilidad) y de hacerlo en diálogo (lenguaje) y relación (promesa) con otros.

“Homo simplex in vitalitate, duplex in humanitate”... Asumiendo la máxima de Maine de Biran como punto de partida y de llegada de las tesis que aquí se defienden, Casarotti buscó resolver las diversas aporías de la adscripción de una acción a un agente, superando la aparente dicotomía mismidad-ipseidad. Lo hizo, en síntesis, presentando al hombre como una “síntesis viva” donde se articulan intencionalidades (más subjetivas) y causalidades (más objetivas). A partir del discurrir teórico (si se quiere más analítico) y más allá de él en el “mundo de la vida” (más fenomenológico), Casarotti da cuenta de la “*puissance d’agir*” propiamente humana: capaz de acciones concretas en el espacio y el tiempo, acciones impulsadas y sostenidas por intencionalidades propias y racionales, que hacen del hombre *un ser capaz* de responsabilidad, un ser capaz de dar cuenta de sus actos y de responder por ellos.